

pois arrastrada por el viento de la tempestad, pero confiada en que volverá, conducida por la Fortuna. Adios, mi Natalia; mas no, no quiero decirte adios, pues no te abandonaré jamás. ¿No has de ser tú el alma de todas mis acciones? No dirigirá mis pasos, no me animará en la empresa que acometo, la esperanza de proporcionarte una indestructible felicidad? No serás tú siempre, siempre, la imágen inseparable de mi espíritu? Ah! no será por cierto el sol de la India el que alumbrará mi ausencia; lo será sí, el fuego de tu mirada resplandeciente. Sé tan dichosa como puede serlo una muger separada de su amante. ¡Ah! no hubiera querido limitarme en la hora de despedida á imprimir un beso en tu frente, beso que no podías pagarme en tu tranquilo sueño, pero me era tan doloroso interrumpirlo! Cuando despiertes, angel mio, encontrarás una lágrima en tu rostro; haz de ella un talisman. Piensa, piensa siempre en el que tal vez por tí muera en lejana tierra; piensa menos en el esposo, que en el apasionado amante que te abandona, confiándote tan solo á tí misma y á Dios.»

Contestacion de la condesa de Manerville á su esposo.

«¡En qué afliccion me ha puesto tu carta, bien mio! ¿Tenias acaso el derecho de tomar sin consultarme, una resolucion que nos afecta á ambos, igualmente? Eres libre por ventura? No me perteneces? No soy yo medio criolla y podia por lo mismo seguirte sin dificultad? ¡Ah! tu conducta me prueba que no me juzgas necesaria. Qué te he hecho, Pablo mio, que así me privas de mis derechos? Cómo consideras que pueda vivir sola en Paris? Angel querido, tú quieres ser el único responsable de mis propias culpas. ¿No contribuí yo tambien á

nuestra ruina? No ha pesado mi lujo en la balanza? ¡Ah! Pablo, tú me has hecho maldecir la vida feliz y descuidada de nuestra larga luna de miel: me siento desfallecer al considerar que hemos de estar separados por espacio de seis años. ¿Es este tiempo bastante para labrar una fortuna? Y, volverás algún día? Muy cuerdamente obraba yo al oponerme con todas mis fuerzas á la separacion de bienes que tú y mi madre solicitabais con tanto empeño. ¿Qué os decía yo entonces? No era aquello arruinar tu crédito? Fué preciso que te incomodases para que cediese yo. Pablo mio, jamás has aparecido tan noble á mis ojos, como en este momento. ¿No desesperar de nada, ir á buscar una fortuna?... Son necesarios tu carácter y tu fuerza para proceder de tal modo. Te adoraría de hinojos. Un hombre que confiesa su debilidad con tu buena fé, que busca ansioso una segunda fortuna para ofrecerla á la misma que disipó su primera, ¡oh! Pablo, ese hombre es sublime. Marcha sin temor, cruza sereno á través de los obstáculos, y no dudes de tu Natalia, que tanto valdría el dudar de tí mismo. ¿Tú quieres vivir

en mí, amado mio? Acaso yo me separaré de tí? Mi alma irá donde la tuya, estará donde tú estés. Al par que tu carta me ha causado una aguda pena, me ha hecho inmensamente feliz: he visto en ella cuanto me amas y de qué modo comprendes mi amor. Algunas veces he creído que mi cariño superaba al tuyo, mas ahora me declaro vencida, bien puedes añadir esta preciosa superioridad á las infinitas que sobre mí posees. Sobre mi corazon guardaré durante tu ausencia la enamorada carta que tan bien me retrata á tu alma: todo mi ser se concentra en aquellos renglones que son la gloria de mi amor. Me trasladaré á Lanstrac, moriré para el mundo y viviré con mi madre economizando para pagar integras todas tus deudas. Desde esta mañana, Pablo, que soy otra muger; me retiro del mundo brillante que me rodea, no quiero gozar de unos placeres que tú no goces conmigo. Además, Pablo, no estando tú, ¿no debe ser la soledad mi única compañera? Y ahora, amigo mio, con doble motivo necesitas rehacer tu fortuna. Si hubiese necesidad de aguijar tu valor, nuevos ánimos

cobrarias con lo que te voy á decir. ¿No lo adivinas, esposo mio? Soy madre: vemos satisfechos nuestros mas caros deseos. No queria darte con una falsa noticia una de esas alegrías que matan, bastantes veces hemos reñido por ello por no desmentir despues la buena nueva. pero ahora estoy segura de lo que te anuncio y soy feliz porque así te proporciono un placer á través de tantos dolores. Esta mañana, ignorante aun de tu salida de Paris, he ido á la Asuncion á dar gracias á Dios. ¿Podia yo prever una desgracia? Todo parecia sonreirme. Al salir de la iglesia he encontrado á mi madre ¡pobre madre mia! habia sabido tus apuros y acababa de llegar por la posta con sus economías, con treinta mil francos, creyendo que esta suma te sacaria momentáneamente del atolladero. ¡Qué corazón, Pablo! Yo estaba contenta y volvia para anunciarte estas dos buenas noticias y almorzar en la tienda de nuestro invernadero, en donde te tenia preparadas unas golosinas que te agradan mucho. Agustina me entregó la carta. ¿No era un mal augurio recibir una carta tuya, cuando habiamos pasado

juntos la noche? ¡Me estremeci mortalmente y despues lei.....! Llorando la hemos leído mi madre y yo. ¿No es cierto que debe amarse infinito á un hombre, cuando arranca lágrimas su memoria? el llanto pone fea á una muger. Yo no tenia sentidos. ¡Tanto amor y tanto valor! tanta felicidad y tantas miserias! Una riqueza inmensa en el corazón y una pobreza absoluta aunque momentánea en los intereses! Erame infinitamente dolorosa la idea de no poderte estrechar sobre mi corazón, en el momento en que me asombraba la inmensa abnegacion de tu amor. ¿Qué muger hubiera resistido á la fuerza de los sentimientos que me agitaban? ¡Saber que estabas lejos de mí, cuando me hubiera hecho mucho bien tu mano posada sobre mi corazón! No estar tú á mi lado para poder fijar en mí esa mirada que solo tú posees y que me enloquece; para gozar con la realizacion de nuestras esperanzas; y no estar yo cerca de tí para endulzar tus amargas penas, con las caricias que tanto adoras de tu Natalia! Yo queria partir, volar á tu lado, pero me ha hecho ver mi madre que la salida de la

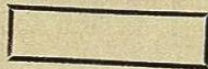
Belle Amalie debe verificarse pasado mañana y que en el estado en que me hallo seria una insigne locura aventurarme en un viaje tan rápido. He despreciado estos consejos, aunque ya siento por mi hijo un amor inmenso, he pedido caballos, pero me han engañado con la promesa de que iban a ser enganchados. Mi madre ha obrado con prudencia, los malestares de la preñez han empezado: no he podido soportar tantas emociones y me he sentido mal. Te escribo desde el lecho; los médicos me han prescrito un reposo completo durante los primeros meses. Hasta ahora he sido la muger frívola, en adelante voy á ser la madre de familia. Muy benigna se muestra la Providencia para conmigo, porque me envia el consuelo de mi hijo durante tu ausencia. Acariciándole á él creeré que te acarició á tí. Confesaré en voz alta, y diré la verdad, el amor que tan cuidadosamente hemos ocultado. Mi madre ha tenido ya ocasion de desmentir algunas calumnias que circulaban sobre tu conducta: los dos Vandenesse Cárlos y Felix te han defendido tambien, pero tu amigo Marsay todo lo toma en

broma; se burla de los que te acusan en vez de contestarles, y no me gusta tan ligero modo de rechazar acusaciones tan graves. ¿No te engañas en el concepto que has formado sobre él? Sin embargo, te obedeceré, me ganaré su amistad. Pierde cuidado, amado mio, en todo lo que atañe á tu honor. Mi madre y yo vamos á emplear todos nuestros recursos, y allegar mas, si es posible, para pagar íntegramente todas tus deudas y procurarnos segunda vez el coto de Belle-Rose: empeñaré mis diamantes. Muy sentida tienes á mi madre, que entiende de negocios tanto como un procurador, porque no la has confiado tus apuros. No hubiera comprado, á buen seguro, las tierras de Grainronge enclavadas en las tuyas, y hubiera podido prestarte ciento treinta mil francos. Se desespera por tu resolucion tan estremada, y teme por tu vida en aquel deletéreo clima. Me dice te aconseje que seas sóbrio, y ha añadido tambien que no te dejes seducir por ninguna muger..... no he podido contener una carcajada. Confio en tí tanto como en mí misma: volverás rico y fiel. Únicamente yo conozco

tu delicada pasión por las mugeres, y sus secretos sentimientos que hacen de tí una flor humana digna de los jardines del cielo. Bien hicieron los bordeleses al darte tu bonito sobrenombre. ¿Quién cuidará ahora mi delicada flor? Horribles ideas traspasan mi corazón. Yo, su esposa, su Natalia, permanecer aquí cuando quizás él sufre! No partir yo contigo tus penas, tus trabajos, tus dolores! Quién será ahora tu confidente? Cómo podrás vivir sin la dulce consejera en que tanto fiabas? Pobre sensitiva arrastrada por la tempestad, ¿cómo podrás vivir arrancada del único suelo en donde podías crecer bella y perfumada? Tengo frío en París, me han parecido interminables las horas desde que no estás á mi lado. He llorado mucho. Ser la causa de tu ruina, ¡qué cruel martirio para una esposa amante! Yo he sido para tí un niño, al cual se le dá todo lo que pide; una cortesana, por la cual derrocha su fortuna un aturdido. ¡Oh! tu pretendida delicadeza ha sido un insulto. ¿Crees que yo no hubiera podido vivir sin tocador, sin bailes, sin Opera, sin triunfos? Me juzgas una muger

casquivana? Opinás que no soy capaz de abrigar ningún pensamiento serio, y que no hubiera contribuido á tu fortuna como he coadyubado á tus placeres? Si no estuvieses tan lejos de mí, desgraciado, y sufriendo, os regañaría muy seriamente, caballero, por tantas impertinencias. ¡Rebajar á tu muger hasta ese extremo! Dios mio! Por qué frecuentaba yo el gran mundo? Por liscnrear tu vanidad. Yo me adornaba para tí, bien lo sabes. Si obraba mal, cruel ha sido el castigo; tu ausencia es una durísima espiacion de nuestra vida íntima. Aquella felicidad era demasiado completa, bien me temia yo un grande dolor, y héle aquí. Despues de aquellos goces tan cuidadosamente velados á toda estraña mirada, despues de aquella embriaguez continua, despues de aquella locura de amor, nada hay posible mas que la soledad. La soledad, amigo mio, no deja perecer las grandes pasiones, al contrario, las comunica mayor fuerza, las dá nuevo vigor, y yo aspiro á esto. ¿Qué podria hacer ya en el mundo de París? Para quién sería la gloria de mis triunfos? No seré mas dichosa viviendo en

Lanstrac, entre aquellos frondosos bosques tan cuidadosamente cultivados por tu padre, y vivir con tu hijo esperándote, y elevando por tí al cielo diariamente la plegaria de la madre y la del hijo, la de la muger y la del ángel? Te acordarás, como yo me acordaré siempre, de esos pasados goces de que haces mérito en tu carta? ¡Oh! Te amo tanto, como tú á mí! Esta profunda certeza de nuestro amor será un talisman contra la desgracia. No debo dudar de tí, como tú no debes dudar de mí. ¿Qué consuelos podré enviarte, triste de mí, si me acongoja la idea de seis años de ausencia, como la idea de un desierto sin luz, sin ilusiones, sin cielo? ¡Oh! pero no soy tan desgraciada; ¿acaso este destierro no estará animado por nuestro hijo? porque yo quiero tener un hijo; sí, es necesario, ¿no es cierto? Adios, amado mio, nuestros mas fervientes votos y nuestro amor, te seguirán donde quiera que vayas. Las lágrimas que ves sobre algunas líneas, te dirán mucho mas que ellas. Recoge los besos que te envió en ese pequeño cuadro, al lado de la firma de tu



NATALIA.»

Esta carta sumió á Pablo en una dulce meditacion, tanto causada por la embriaguez que respiraban aquellas enamoradas frases como por el recuerdo de sus pasados placeres: repasábalos en su memoria uno á uno á fin de explicarse la preñez de su muger. Cuanto mas feliz es un hombre, mas perplejo se muestra por su felicidad. En las almas exclusivamente apasionadas, cuya ternura vá acompañada de un soplo de debilidad, los celos y las inquietudes están en razon directa de la mayor ó menor dicha que experimentan. Las almas enérgicas, ni temen, ni se encelan; los celos son la duda, una mezquindad el temor. La confianza ilimitada es el principal atributo del grande hombre: si es engañado, porque del mismo modo el génio varonil y enérgico que el apocado y tímido pueden ser juguete de una asechancia, quédale el arma terrible del desprecio para su venganza. Pero esta grandeza de alma es una escepcion. ¿Quién no ha sentido alguna vez anonadado su espíritu, y perdida la luz del alma, extraviado en el laberinto de sus pensamientos, no se ha arrojado en brazos de ese

inmenso poder que todo lo niega? Ayudado Pablo por algunos hechos irrecusables, creía y dudaba á la vez. Perdido en sus ideas, presa de una terrible incertidumbre, pero combatido á la vez por aquellas muestras de amor y por su fé en Natalia, leyó otras dos veces aquella difusa carta sin llegar al cabo á deducir nada en pró ó en contra de su esposa. El amor, del mismo modo se muestra grande con la locuacidad, que con la concision.

Para comprender bien el estado de ánimo en que quedó Pablo despues de la lectura de esta carta, preciso es representárselo flotando tanto en el Océano por el que navegaba, como en la inmensa estension de sus recuerdos que presentaban á su mente, como un cielo de la mas pura diafanidad, toda su vida pasada; despues de envolverse en el torbellino de la duda arrasrado por sus ideas, recobraba la fé pura, sin límites del cristiano y del enamorado que sofocaba el grito de su corazon. Ahora es tambien necesario trasladar aquí la carta á la cual contestaba Enrique de Marsay.

Del conde de Manerville al marqués de Marsay.

«Enrique, voy á hacerte una de las mas grandes confiancias que un amigo pueda depositar en otro: estoy arruinado. Cuando recibas esta carta me hallaré á bordo de la *Belle-Amalia*, anclada en Burdeos, para marchar á Calcuta. Queda estendida en casa de mi notario una escritura en la que no falta mas que tu firma, por la cual te cedo en arrendamiento mi palacio por espacio de seis años. Este contrato simulado, de cuyo importe puedes reintegrarte en letra á cargo de mi esposa, es una precaucion para que Natalia pueda continuar en su